

La peor y más agresiva forma de desigualdad que puede sufrir un ser humano con vida es que sometan su existencia y sus méritos al olvido; las mujeres saben de esto.

Sótano de un asilo de Paris, 1995.

El lugar es oscuro y húmedo; aprisiona una atmósfera con aroma rancio. Respirar es casi un acto heroico. La caja parece estar mimetizada bajo una manta de polvo. Al abrirla, escapa un aliento de aire de alcantarilla que me echa para atrás. Su interior guarda una sorpresa: un certificado médico. El diagnóstico que en él puedo leer es aplastante: la declaran como una enferma mental que vive frecuentes episodios paranoicos y delirios de grandeza; en él, más que aconsejar, se ordena que sea recluida de por vida. Pero además, junto a esta *sentencia*, se hallan unas cartas en las que ella expone, de su puño y letra, y haciendo gala de una lucidez pasmosa, la crudeza de su encierro, su soledad... el odio creciente que sintió hacia el hombre bajo cuya sombra se apagó su vida profesional, y que fue su maestro, su mentor, su amante... su perdición.

Al terminar de examinar los documentos encontrados, me siento abatido, prisionero de una extraña sensación de pesadumbre. Conocía parte de su historia, pero ahora estoy convencido de que se apropiaron de su arte, de la dádiva de talento que la naturaleza depositó en sus manos, las que siempre estuvieron dispuestas para dar forma al barro con unas caricias sutiles y valientes.

Confinaron su cuerpo; silenciaron su gloria; trituraron su mente; aplastaron su ingenio... Fue sepultada en una tumba tasada con el número 1943, n392 de un cementerio ya perdido. Al fin, condenada al olvido eterno por ser una mujer sagaz, adelantada a su tiempo. Sufrió la pena de desigualdad; una injusticia, un yugo para la mujer a lo largo de la Historia de la Humanidad.

19 de octubre de 1943

Los ventanales del manicomio de Montdevergues esbozan bocas tenebrosas; sus marcos parecen haber sido perfilados por el desasosiego. A través de los cristales, nebulosos, se adivina un trasiego neurasténico de batas blancas; acontece cada día, en cuanto las luces violáceas del amanecer diluyen en sus entrañas los últimos rescoldos de oscuridad. Entre muros se inmortaliza una desdibujada parada militar compuesta por seres vivos que vagabundean como fantasmas erráticos. En su deambular incesante y desorientado, no cumplen órdenes que los asienten en una armonía precisa ni que les marquen un objetivo común por asaltar. Las internas del ala oeste del edificio se dedican a ver pasar la inutilidad del tiempo, a sellar los ojos con un sueño abisal. Anhelan alejarse del dolor de vegetar en la realidad de la que son prisioneras, y de la que tratan de escapar a costa de lo que sea, incluso de caer en el abismo de un locura cierta y definitiva.

Nadie importa, todo carece de valor, en aquel dominio devastado por la enajenación; infectado por una atmósfera opresiva que corroe el carácter adormecido de sus inquilinas; marcado por la insensibilidad de quienes dirigen los destinos de unas vidas devaluadas que no les

pertenecen, pero de las que se sienten dueños absolutos, porque en sus manos están los destinos de unas mujeres que parecen tener la voluntad aletargada, y que han sido declaradas, por certificados médicos abusivos e interesados, como locas que no merecen un mínimo de atención o una sencilla mueca de cariño que les otorgue una esperanza.

Los gritos descarnados de las internas, olvidadas por el mundo, aporrean las paredes; retumban en unos paramentos cuarteados por la humedad y el descuido; rebotan como ecos desollados de vidas desdoradas, de contemplaciones sin estrella, de pasos sin rumbo, de entendimientos descarriados... de locuras pertinaces; escapan por los pasillos, por las entrañas de esas lombrices de piedra gélida que rezuman alientos de éter y espumarajos de soledad hiriente sobre la podredumbre humana que infecta todo el recinto, un espacio de confinamiento convertido por la desidia en una silueta pétrea y sórdida que, actuando como cuchilla de afeitar, cercena el idílico paisaje donde se halla enclavado, transfigurándolo en un paraje aterrador.

Ella apenas es capaz de aguantar los chillidos penetrantes y patéticos que llegan a sus oídos. Los alaridos se suceden sin tregua alguna; empercuden su piel con tormentos ajenos y devastadores. Dichos lamentos, que germinan en las entrañas de quienes los regurgitan, son como egagrópilas de desolación con las que parecen querer anunciar el fin de sus existencias. Con ellos provocan a su alrededor un estremecimiento colectivo que no cesa durante todo el día, y que, al caer las noches, desgracia y doblega a los espíritus, torturándolos hasta límites insospechados e insufribles. Ella lacra sus orejas con sus manos trémulas y sarmentosas, sobre las que alguna vez clava los ojos. Se le hace increíble imaginar que tiempo atrás fueran creadoras de arte. Están castigadas por el paso inmisericorde de un tiempo que parece que solo les ha servido para quedar desdoradas por una pátina de manchas feroces y de arrugas profundas. Bajo su piel se adivina un mar de venas y capilares que conducen el torrente sanguíneo, debilitado hasta la extenuación, hacia una supervivencia instintiva. Ella clava sus largas uñas en su cuero cabelludo; arranca de raíz algunos mechones de cabello, deshilachado en sus puntas y deslucido en toda su longitud. Las ronchas de suciedad mancillan toda la extensión dérmica de su figura, un cuerpo prisionero de una vejez precoz. En sus ojos, una lámina traslúcida y acuosa amenaza con estallar en mil pedazos, tal como lo haría un fino cristal atosigado por un grito agudo y sostenido.

Camille lanza su mirada abatida contra la pequeña ventana que hay en la parte superior de una de las paredes de su habitación, de su celda. Quisiera escapar por aquella pequeña claraboya, para apreciarse liberada del designio de reclusión forzada que le impusieron. Sueña con sentirse independiente, tanto como lo es el pequeño pájaro burlón que se posa en el alfeizar por las mañanas para darle los buenos días con sus trinos, silbos ajenos a las angustias que habitan y explotan en el interior de aquellos muros carcelarios. Pero debe conformarse con observar el tragaluz desde la distancia, pues no tiene acceso a él, colgado como está casi del

techo. A su través, si ella pone esfuerzo y empeño, ve un pequeño retal del cielo; de vez en cuando, y si la suerte acompaña, puede contemplar un trozo huidizo de la luna, o la punta brillante de alguna de las miles de estrellas que acarician la negrura del firmamento, luminarias a veces esquivas, tan fugaces como sus delirios. Para colmo de males, el sol jamás se digna a aparecer por entre aquellos barrotes herrumbrosos, maltratados por la salitre que arrastra el viento desde las playas cercanas de su imaginación, quizá confundida entre los murmullos aquietados de la bravura de las olas y el susurro de la brisa, y que queda atrapada en una telaraña de hierro cuyos extremos tocan la realidad, pero donde habitan mil pesadillas que devoran su existencia cotidiana.

El devenir de sus días transcurre perdido en una esfera, donde da vueltas y vueltas; es desperdiciado en el ámbito indescifrable de un reloj cruel que solo computa los tiempos maleables, despreciando los instantes vivos, ella, en los momentos de lucidez, víctima de sí misma, náufraga en un océano de sombras inmarcesibles carentes de nostalgia.

Divaga con los vestigios de su pasado, con los pocos que aun anidan con cierto vigor en los laberintos de su materia gris. Trata de huir de la alucinación certera de su presente, para liberarse del peso opresivo que para ella supone la simpleza de pensar que existe un futuro más allá del mero acto de cerrar los ojos para evadirse o dormir un poco... quizá para morir. Llora, confundido su llanto con el aguacero que comienza a caer afuera, y que levanta en la espesura del bosque cercano un murmullo fresco que le acerca hasta los pies de su cama la fragancia entrañable de la hierba húmeda de las primaveras de su infancia, de sus días felices.

Un torrente de levedad afable la transporta hasta un punto hostil para sus sentidos; mil sensaciones parecen arder en sus entrañas. Cree estar planeando por encima de la tortuosa existencia esbozada por sus últimos años de vida en libertad. Ella se asoma a cuanto acontece en ese abismo que se abre bajo sus pies. En el mar azorado de sus ojos verdes se diluye la mirada turbia de una mujer con ansiedad, que zozobra dentro de un piélago de tristeza infinita e inmortal.

En su cabeza se suceden los retazos de su pasado, como fotogramas en blanco y negro, imparables, arrastrados por el vórtice debilitado que compone la memoria que aún le queda en pie, su cuerpo como un muro solitario junto a los escombros de toda una vida... de *su* vida.

Se figura estar en libertad, volando cual pájaro que bate sus alas con una certeza absoluta.

Agoniza... Vive... ¡Vives, Camille!

*Tras una ardua batalla con tus padres, conseguiste la autorización para dedicarte a lo que realmente te gustaba: la escultura. Jamás olvidarás que llegaste a París en 1883, en un tiempo en el que a las mujeres no se les permitía dar un paso más allá del ámbito familiar. Pero tú estabas decidida a romper barreras. Pronto comenzaste a trabajar en un taller, donde ese mismo año*

conocerías a Auguste Rodin. Él tenía 43 años; tú, 19. Aquel día, él quedó impresionado por tu creatividad, siempre bullendo bajo el jubón que siempre usabas para esculpir. Parecías una reina entre un mar de esculturas a medio terminar, la atmosfera colapsada por un polvo ingrávido, casi perenne, que otorgaba al espacio un aire de solemnidad mística y tintes de cierto romanticismo.

En un principio, Camille, le serviste de musa al afamado escultor, autor de “El Pensador”. Pero pronto, y debido a tu enorme talento, el artista miope y de barba rojiza, te propuso que trabajaras con él; fuiste la única mujer entre sus numerosos alumnos. Apasionados hasta lo indecible de vuestro trabajo, ambos os entrelazasteis en una historia de amor turbulenta. Fruto de esa pasión, surgieron obras como “El eterno ídolo”, “El beso”, “La aurora”, firmadas por él; o “El abandono”, “La edad madura” o los bustos de Rodin, esculturas cinceladas por tus finas manos.

Más tarde os establecisteis en un taller común, conocido por Le Clos Payen. Entre aquellas cuatro paredes, custodiados por la soledad, Rodin y tú os entregasteis a la creación de obras y a esculpir el amor. Pero fuera de ellas, Camille, eras considerada como su alumna o, peor aún, como su amante. Tu obra apenas era tenida en cuenta por los compradores, y los críticos veían en tus esculturas la mano de Rodin, cuando en realidad muchas de sus esculturas llevaban impreso tu sello, parte de tu alma. Sin embargo, él veía cómo su fama de escultor aumentaba por días. Es por esto que decidiste iniciar un distanciamiento de Auguste Rodin; querías demostrarte a ti misma tu valía, no solo como mujer sino como escultora. Pero la realidad de aquellos años fue contumaz contigo: acabaste por arruinarte, y fruto de los celos y el odio hacia el amor de tu vida, e influida por un ataque de pánico, rompiste a golpes muchas de las obras creadas por tus manos.

La desidia, el olvido y tu frágil salud hicieron mella en ti: comías poco; apenas salías a la calle; no confiabas en nadie. Así, en 1913, a la muerte de tu padre, el único que aun tenía fe en ti, fuiste sacada a la fuerza de tu vivienda, y metida en una ambulancia con destino al olvido. Tu madre, Camille, autorizó que fueses internada de por vida, prohibiéndote incluso las visitas.

De nuevo el pájaro se posa en el alfeizar de la claraboya. Bate sus alas. Ella apenas es capaz de abrir los ojos, pero puede ver la silueta del pájaro recortada sobre un trozo de cielo, tan celeste que parece transparente. Se siente liviana como una pluma. Mira hacia la puerta de la habitación que ocupa en el manicomio. Sigue cerrada a cal y canto, pero ella cree verla abierta de par en par. Se atreve a mascullar unas últimas palabras que no serán atendidas por nadie:

-No he hecho todo lo que he hecho para terminar mi vida engrosando el número de reclusos en un sanatorio; merecía algo más. Pero ahora solo necesitaría ver a una persona amiga para morir en paz.

El pájaro levanta el vuelo mientras ella expira. Con él ya vuela tu espíritu, Camille, al fin, libre e igual, como tantas veces soñaste; no dejes de seguir su estela...